



150 AÑOS DE LAS MISIONERAS COMBONIANAS

Mujeres en camino

El sueño de Comboni

ORÍGENES Y DESARROLLO DE LAS MISIONERAS COMBONIANAS

María Vidale, MC

El sacerdote y misionero **Daniel Comboni** (1831-1881) había experimentado en su propia carne la dureza de la vida misionera en Sudán. ¡Casi le cuesta la vida! Eran los tiempos en los que Propaganda Fide quería suprimir las misiones en África Central por el alto coste en personal misionero. Y así, en Roma, en esa situación de incertidumbre, Comboni tuvo la gran intuición de un Plan para la Regeneración de África.

DEL PLAN PARA LA REGENERACIÓN DE ÁFRICA A LA CONGREGACIÓN DE LAS PIADOSAS MADRES DE LA NEGRITUD

“Fue el 18 de septiembre de 1864 cuando, saliendo del Vaticano donde había asistido a la beatificación de **M. Margarita Alacoque**, me vino en mente presentar a la Santa Sede la idea del Plan para retomar el apostolado en África Central”... (E.3302) (Daniel Comboni).

Ahora bien, para realizar su Plan de acción misionera, Daniel Comboni necesitaba colaboradores y colaboradoras, es decir, misioneros y misioneras.

Fue así, de este modo, que el 31 de diciembre de 1871, mientras esperaba a que la Santa Sede le concediese un territorio misionero en África, él acompañó a su “primogénita”, **María Caspi**, a Montorio Veronese, para iniciar la congregación de “sus” monjas, a las que habría llamado Pías Madres de la Negritud. El día después, 1 de enero de 1872, comunicaba de modo oficial al obispo de Verona la “fundación” y solicitaba su aprobación.

En Montorio Veronese, sin embargo, las jóvenes aspirantes a misioneras no se quedaron mucho tiempo. De hecho, el 14 de septiembre de 1872, el Fundador –que entretanto había sido nombrado Vicario Apostólico de África Central– trasladó el noviciado a Verona, a la casa de S. María in Organo, que, a partir de ese momento, será la Casa Madre de las Misioneras Combonianas. Muy acertadamente, la casa estaba muy cerca del Seminario de

Verona, para que las novicias pudieran beneficiarse de la presencia del profesorado para su formación.

Así, el 15 de octubre de 1876, en la capilla de la Casa Madre, el propio Daniel Comboni recibió los primeros votos de **María Bollezzoli** (primera superiora general) y de **Teresa Grigolini**. Ese día les entregó el Crucifijo de las misioneras, que habrían debido llevar siempre y que quiso que se colgara de un cordón rojo sangre. El significado de ese cordón estaba claro, y el Fundador lo había resumido en el capítulo X de las Reglas de 1871. “Quiero hermanas santas de verdad –repetiría más tarde a los responsables de la formación–, pero no con el cuello torcido, porque en África se necesita tenerlo derecho, almas valientes y generosas que sepan sufrir y morir por Cristo y por los negros”... (E. 6486).

Las primeras “generosas” cinco hermanas partieron con él hacia África el 12 de diciembre de 1877.

Menos de dos años después, una de ellas, **Victoria Paganini**, abrió un segundo noviciado para jóvenes africanas en El Obeid, Kordofán –con la primera profesión de Fortunata Quascé en 1882–, y a finales de 1880 **Faustina Stampais** abrió un tercer noviciado femenino en El Cairo...

Eran los inicios de un apostolado misionero muy prometededor y estimulante. Desgraciadamente, dos graves acontecimientos vinieron a obstaculizar el progreso inicial de la misión comboniana: la muerte del obispo Daniel Comboni y la insurrección islámica que vivió Sudán de 1881 a 1898...

DE LA MUERTE DEL FUNDADOR HASTA EL PRIMER CAPÍTULO GENERAL

Desgraciadamente la Hermana Muerte, visitó muy pronto y muy a menudo las misiones combonianas en África Central. La primera que sucumbió el 18 de febrero de 1880, fue **Maria Bertuzzi**; tenía poco más de 20 años y acababa de llegar a Sudán cuando fue víctima de una epidemia de tifus. Tres meses después, lamentablemente, le siguió María

Caspi y, al año siguiente **María Rosa Colpo** moría en Malbes (Sudán).

Mucho más duro y más grave fue el dolor que sacudió la Misión el 10 de octubre de 1881 cuando, en Jartum, el propio Padre y Fundador, Mons. Daniel Comboni, moría de forma inesperada. Por desgracia dejaba la Misión en un momento especialmente difícil, porque en Sudán ya se iba sintiendo la amenaza de una terrible insurrección islámica, conocida más tarde como la “Mahdia”.

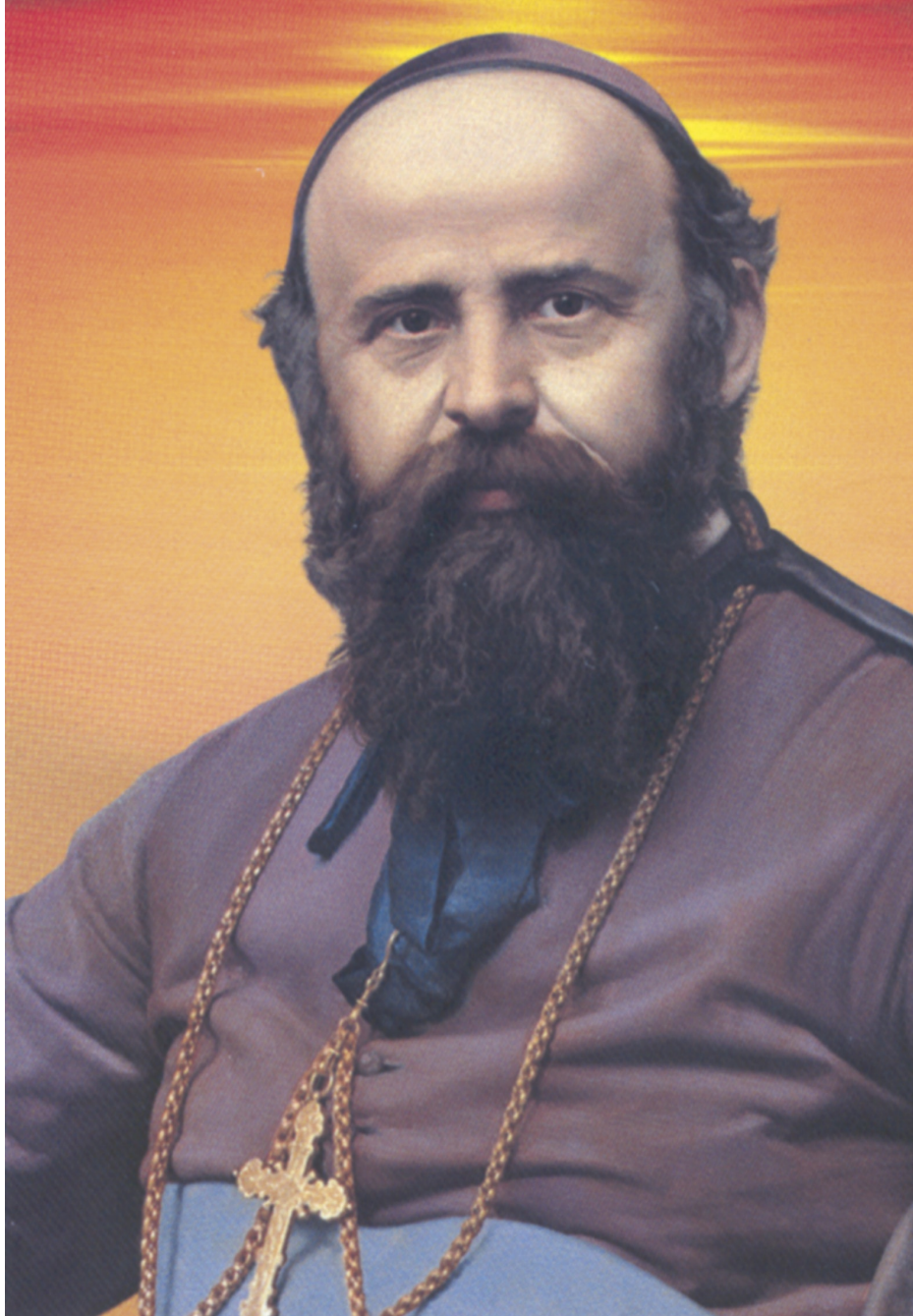
Unas semanas antes de su muerte, el propio Daniel Comboni había advertido del peligro al rector de los Institutos de Verona, escribiéndole: “En este momento el cónsul austriaco me dice que Sudán está en plena rebelión por culpa de un autodenominado profeta que dice haber sido enviado por Dios para liberar a Sudán de los turcos y de la influencia cristiana”...

El “autodenominado profeta” era un joven “sayh” sudanés, **Muhammad Ahmad** (1843-1885), que se había autoproclamado “Mahdi” –“bien guiado por Dios”–, porque afirmaba haber recibido de Mahoma la misión de liberar a Sudán de toda injerencia extranjera y restaurar la práctica del Islam a su pureza primitiva.

Desgraciadamente, la Iglesia católica fue inmediatamente el objeto de un ataque particular: todas las estaciones misioneras de Sudán fueron destruidas y las comunidades cristianas de El Obeid, Malbes y Delen fueron dispersadas y hechas cautivas.

De las misioneras combonianas presentes en Sudán, ocho fueron hechas prisioneras. Dos de ellas, **Eulalia Pesavento** († 27 de octubre de 1882) y **Amalia Andreis** († 7 de noviembre de 1882) murieron a consecuencia de las privaciones y de los malos tratos que sufrieron durante el viaje forzado desde Delen a El Obeid, donde los mahdistas habían acampado a la espera de conquistar la capital de Kordofán (enero de 1883).

Para las que quedaron, sin embargo, comenzó un cautiverio que, para alguna, duraría hasta el final del conflicto. El Mahdi, en realidad, no quería suprimir al personal de la Iglesia católica, sino “convertirlo” a la profesión de la fe islámica, y para ello se probaron todos los medios, incluida la tortura, para inducir a los misioneros y a las monjas a abjurar. Fue un momento muy doloroso, durante el que

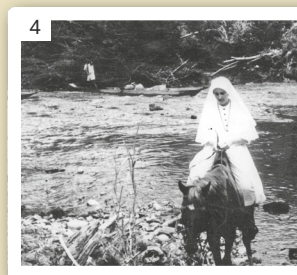


LA VIDA DE COMBONI EN CINCO INSTANTES



el obispo **Francesco Sogaro**, sucesor de Daniel Comboni, hizo todo lo posible para liberar a los prisioneros lo antes posible. De hecho, dos monjas –**María Caprini** y **Fortunata Quascè**– fueron liberadas en noviembre de 1885; **Caterina Chincarini** y **Elisabetta Venturini** lograron escapar en diciembre de 1891; **Concetta Corsi** murió en cautiverio († 3 de octubre de 1891), mientras que **Teresa Grigolini** tuvo que esperar hasta el final de la guerra.

»



» Mientras tanto, en Verona, el número de jóvenes aspirantes a misioneras aumentaba considerablemente, hasta el punto de que fue necesario abrir nuevas comunidades en Egipto –para la aculturación y el aprendizaje de la lengua árabe– a la espera de poder regresar a Sudán.

En 1898, tras recibir la aprobación de las Reglas, las Pías Madres de la Negritud pudieron finalmente celebrar su primer Capítulo General, eligiendo a su Superiora General (María Bollezzoli) y su Consejo.

LA EXPANSIÓN MISIONERA EN ÁFRICA TRAS LA “MAHDIA”

El 22 de octubre de 1900, dos años después del final de la “Mahdia”, dos misioneras combonianas –**Francesca Dalmaso** y **María Bonetti**– obtuvieron el permiso del gobierno británico para regresar a Sudán y abrir una comunidad en Omdurmán (Jartum). Se les concedió el permiso no como religiosas, sino como profesoras “laicas” –es decir, sin el hábito religioso–, porque habían sido solicitadas por los padres para una escuela de niñas. La hermana Francesca, que había estado presente en el momento de la muerte de Daniel Comboni, llevaba consigo, como reliquia preciosísima, la túnica blanca que el Padre llevaba en el momento de su muerte, que ella había cogido y de la que nunca se había separado. Esa reliquia, que ahora se encuentra en la Casa General de las Misioneras Combonianas en Roma, era prenda y garantía de un futuro misionero apostólicamente fecundo.

Unos años más tarde, nuevas comunidades de mujeres combonianas empezaron a extenderse por toda África Central y Oriental: ya en 1903 se pudo volver a Lul (Sudán del Sur), entre los Scilluk, en la región de Gondokoro y de Santa Cruz, donde Daniel Comboni con sus compañeros había llegado por primera vez. En 1904 se abrieron dos nuevas comunidades en Jartum; en 1914 fue el turno de Asmara, en Eritrea; en 1918 las Misioneras Combonianas llegaron a Gulu, en Uganda, mientras que al año siguiente abrieron una comunidad también en Wau, la capital de Bahr el Ghazal (Sudán del Sur).

A partir de 1920, las comunidades femeninas combonianas se multiplicaron en Uganda, Bahr el Gebel, Eritrea,

Etiopía y Sudán del Norte. Debían estar presentes, sobre todo, en los catecumenados, en la escuela y en los pequeños hospitales que surgían en el bosque.

Más tarde, a partir de 1952, las Pías Madres de la Negritud llegaron también al entonces Congo Belga, a Togo y Benín, Mozambique, Kenia, África Central, Chad y Camerún; Zambia y Sudáfrica...

MISIÓN SIN FRONTERAS

En enero de 1939, por decisión de la entonces Superiora General Carla Troenzi, las Misioneras Combonianas abrieron dos comunidades en los hospitales de Kerak y Amman, en Transjordania. Se habían dado cuenta de que no era prudente “encerrarse” en África, sino que era mejor, por muchas razones, “abrirse” a otros países, si se quería sobrevivir y seguir yendo a África Central.

Después de Ammán, hubo otras aperturas en Jerusalén (1946), Adén (en el Golfo Pérsico), Bahréin (1953) y también en los Emiratos Árabes.

“Ampliado, el Instituto extiende ahora sus alas más allá de los océanos”... (Carla Troenzi).

En febrero de 1951, escribiendo a todas las comunidades, la Madre Carla Troenzi pudo afirmar lo escrito más arriba, porque, desde el año anterior, las Misioneras Combonianas estaban también en los Estados Unidos de América. Habían ido allí, principalmente para la animación misionera y el trabajo pastoral entre la población negra.

Así que, bajando “geográficamente”, desde Estados Unidos fuimos a México, Costa Rica, Guatemala, Ecuador, Colombia, Brasil y Perú...

El resultado de todo este “ir más allá” es que hoy la Congregación cuenta con miembros de 35 nacionalidades, lo que le permite vivir plenamente la internacionalidad que Daniel Comboni quiso desde el inicio.

FLORECIMIENTO DE CONGREGACIONES FEMENINAS AFRICANAS COMO APLICACIÓN DEL “PLAN”

Cuando en 1872, Daniel Comboni fundó en Verona la congregación “de las Pías Madres de la Negritud”, especificó también que debían ocuparse de modo particular de



- De izquierda a derecha
1. Primeros votos en Asmara (1962)
 2. Una hermana en África en 1964
 3. Una misionera con un bebé (1967)
 4. Una religiosa montada en burro (1972)
 5. Los niños juegan con una hermana
 6. Dos hermanas en Alua (Mozambique)

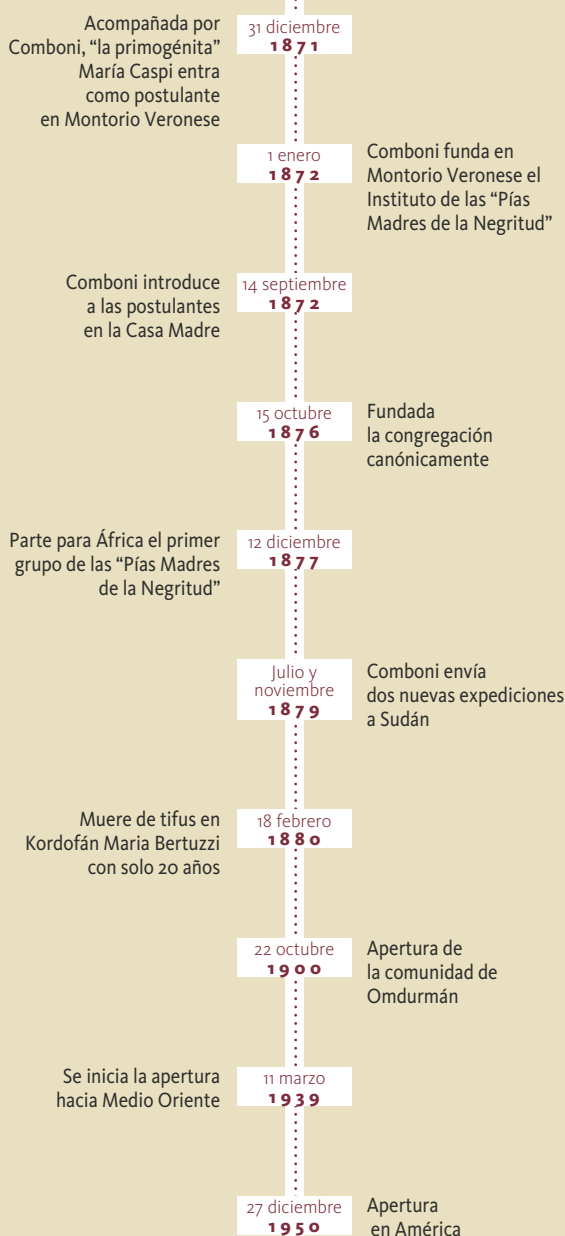
la formación de la mujer africana, para que fuese capaz de ser una apóstol en su propio país.

El objetivo principal de nuestra congregación, nuestro programa de acción, quedaba dibujado de este modo: para “salvar África con África” había que llevar a la mujer africana a convertirse en sujeto de la evangelización, y nosotras habríamos debido estar a su lado para abrirle el camino. Era una nueva visión de la religiosa misionera, y, por eso, el Padre Comboni quería formar personalmente a “sus” novicias. Desgraciadamente, la muerte no le dejó tiempo para ver, como había escrito en el “Plan”, que saliesen “de entre las jóvenes negras que no se sentían inclinadas hacia el estado conyugal... la sección de las Vírgenes de la Caridad”. Pero su sueño no se olvidó y es interesante constatar que, mientras en Jartum y en Verona se abría el proceso informativo para la causa de beatificación del Siervo de Dios, en Uganda empezaban a aparecer algunos “signos” a partir de la escuela, pero también a partir de la Acción Católica que había sido introducida por Sor **Lucilla Corini** con un grupo de adolescentes. Esas mismas que, en 1945, se convirtieron en las “Hermanitas de María Inmaculada” de Gulu.

A estas les siguieron las “Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús” en 1952 en Juba (Sudán del Sur); después las “Hermanas de Nazaret” en 1955 en Wau (Sudán del Sur); las “Hermanas de Nuestra Señora de las Victorias” en 1956 en Mupoi (Sudán del Sur); las “Hermanas de la Adoración perpetua a la Santísima Trinidad” en 1960 en Arua (Uganda); las “Hermanas Misioneras de María, Madre de la Iglesia” en 1970 en Lira (Uganda); las “Hermanas Evangelizadoras de María” en 1975 en Morulem (Uganda); la “Pía Unión de las Siervas de la Iglesia” en 1980 en Awasa (Etiopía), etc.

Nacidas con nuestra colaboración, pero ahora en camino hacia la plena autonomía –lograda por algunas tras un camino muy doloroso–, estas nuestras “hijas” africanas se presentan ahora ante nosotros como interlocutoras privilegiadas, capaces de revelarnos aspectos aún ocultos del carisma original. Es importante que sigamos caminando “juntas” por los nuevos caminos de la evangelización, trazados para nosotros por el Concilio Vaticano II... ■

LAS MISIONERAS COMBONIANAS, EN DIEZ FECHAS



En salida a la misión

María del Prado Fernández Martín, MC

Daniel Comboni nos pensó y nos soñó para la misión. En 1880 éramos solamente cinco comunidades: una en Verona que recibía candidatas para ser misioneras, otra en El Cairo para aclimatarse y aprender el árabe, y las otras tres estaban en Sudán: El Obeid, Delen y Jartum. Ese “salir” de nuestras certezas y seguridades, ese “salir” incluso físico, es como nuestro ADN de misioneras combonianas. No podemos entender la misión sin esa visión de movimiento, de salida, de dificultad, de riesgo.

En tiempos en los que la mujer apenas viajaba y estaba al cuidado de la casa y de los hijos nosotras hemos ido muy lejos. Hemos viajado solas, conocido culturas extraordinarias, lenguas raras, hemos vivido situaciones difíciles y complejas, y sobre todo hemos “acercado” aquellas personas a la gente de nuestro país. Hoy día eso no es ninguna novedad, pero para muchas cosas hemos sido algo así como “pioneras”.

Esa identidad de “salida” es la que nos hace ser mujeres en camino, en sentido literal. Ir al encuentro del otro nos empuja a llegar a ambientes lejanos, en los que a veces no ha llegado nadie más que el misionero o la misionera.

Los ámbitos de la misión más difíciles son típicamente Combonianos, es decir, son nuestros. Nos sigue costando vivir y trabajar en nuestros países de origen, en las iglesias con una tradición más antigua. La misión “fuera” sigue siendo un distintivo particular que ejerce una atracción muy poderosa para cada una de nosotras.

Ese ir más allá nos ha llevado a vivir situaciones “martiriales” tanto ayer como hoy. Desde los primeros momentos con la revolución Madhista, pasando por la expulsión en Sudán, en el antiguo Zaire (hoy República Democrática del Congo), las guerras en Uganda, Mozambique, la persecución en Brasil, la discriminación en USA... y tantas otras situaciones que han marcado nuestro carácter y nuestro vivir de misioneras combonianas. Sabemos que la misión es pasión: Pasión por Dios y pasión por la humanidad. Pasión que se vive y se traduce en muchos casos en situaciones de violencia. Comboni sabía bien cómo nos quería “santas y capaces. Lo uno sin lo otro vale poco para el que sigue la carrera apostólica” (E. 6655).

En ese camino hemos tenido que aprender que la misión no se identificaba con un lugar geográfico cerrado, en nuestro caso, en Sudán. Abrirse a

Eritrea, a América, a Asia no era algo tan evidente en ese momento, pero fueron pasos importantes, novedosos y arriesgados. Hemos tenido que aprender qué quiere decir la “inculturación”, entrar en mundos completamente nuevos y desconocidos... Y, sobre todo, hemos tenido que aprender la humildad; no podemos hacer todo, no llegamos a todos, somos sencillamente humanas.

Hoy día la sociedad nos está desafiando con nuevos modos de entender la vida, las relaciones interpersonales, a nosotras mismas... Toda novedad trae una carga positiva pero también un cierto desasosiego, porque las seguridades no están al alcance de la mano. La vida nos está presentando nuevas situaciones que nos provocan y nos desafían como mujeres y como misioneras: la trata de personas, los migrantes, los empobrecidos en las grandes urbes, las minorías étnicas...

Uno de los campos en los que sentimos más esa “inseguridad” es en el campo de la Animación Misionera en las iglesias con amplia tradición católica. Es como navegar contra corriente. ¿Cómo suscitar un interés por la misión cuando la gente no tiene ningún deseo de salir de sus seguridades y de sus certezas?

Desde los inicios nos ha caracterizado el rostro multicultural de la congregación. Somos mujeres de 35 nacionalidades diferentes. La interculturalidad se ha abierto paso entre nosotras como una fuente de vida, de riqueza, de creatividad y de alegría. Nosotras lo vivimos con entusiasmo y con esperanza, pero no





ignoramos cómo en ciertos ambientes eso se percibe como una amenaza y una “dispersión”.

Ese futuro intercultural nos desafiará cada vez más a la humildad, a saber que todo lo cultural es relativo, que lo importante es la pasión por **Jesús**, por su Evangelio. La misión en perspectiva de futuro tendremos que vivirla desde una fuerte espiritualidad que alimente nuestro ser mujeres consagradas y nuestro hacer comunidad. Ser “contemplativas en la acción” (RM 91) no es una opción, sino que debe ser un estilo de vida que cale nuestro corazón y que llame a la puerta de otros corazones para decir que “Dios es todo, que Dios es amor sin condiciones”. Si no somos mujeres con una fuerte espiritualidad

de poco servirá todo lo que hagamos. La “regeneración” de la que Comboni hablaba tiene que asumir nuevos rostros y nuevo vocabulario. Esa regeneración tiene que ver con dar importancia a la persona, y ser conscientes de que quizás debamos aprender otro estilo de relaciones. Aprender aquellas que tienen que ver con la ternura, con la humildad, la disponibilidad, con la empatía, con sabernos débiles y necesitadas. La misión es un dar y recibir, es un regenerar y dejarnos regenerar. Tendremos que vivirla sabiendo que tiene mucho que ver con la pobreza y la docilidad al Espíritu, porque, en definitiva, la misión es suya.

Queremos mirar al futuro sin complejos y sin miedos. Caminar hacia

este mañana con confianza, sabiendo que el Señor nos ha ido sosteniendo en esta larga historia de 150 años y nos ha hecho renacer cuando todo parecía perdido. Hemos “recomenzado” muchas veces en nuestra historia y probablemente tendremos que repetirlo. Hoy somos muchas menos que hace unos años y esta disminución continuará por un período de tiempo. Tendremos que “pensarnos y sabernos” en la dispersión; es decir, seremos menos, más dispersas y en situaciones de misión nuevas, quizás desconocidas actualmente.

Eso seguramente nos abrirá a nuevos modos de colaboración y de trabajo. Deberemos estar preparadas para un “recomenzar” sin saber bien cómo ni hacia dónde ir. Lo único que sabremos es que deberemos tener “siempre los ojos fijos en Jesucristo, amándolo tiernamente y procurando entender cada vez mejor qué significa un Dios muerto en la cruz por la salvación de las almas” (E. 2721). Esa era la espiritualidad que Comboni pedía de nosotras y que queremos vivir. ■



5



6

1. Hna. Lola Cárdenas
2. Hna. Sonia de Jesús
3. Hna. Florence Mulenga
4. Una madre con su bebé en Sudán del Sur
5. Hna. Victoria Acebes
6. Hna. María Martinelli



África

Los pigmeos, los preferidos de Dios

Lucía Fonts Santana, MC

Pasar de vivir en Barcelona a Bagandou, en la República Centroafricana, ha sido una experiencia muy fuerte para mí. Me costó más de un año entrar de cuerpo y alma en la misión: el clima, la cultura, el idioma, la pobreza y la inseguridad... Ahora ya llevo casi tres años aquí y soy feliz, aunque ya no soy la misma, Centroáfrica me ha cambiado.

El obispo de la diócesis de Mbaïki llamó a las Misioneras Combonianas hace 20 años para trabajar en esta región con los pigmeos, para evangelizar abriendo escuelas en sus campamentos, ofreciéndoles catequesis para el bautismo, abriendo dispensarios médicos y ayudándoles a trabajar en la agricultura. La Iglesia, a través de nuestros compromisos, ha mostrado su preferencia hacia los más pobres y abandonados.

En esta región conviven dos etnias: los pigmeos y los bantúes. Los pigmeos actúan como siervos de los bantúes, la etnia mayoritaria en el país. Los pigmeos son indígenas, los primeros pobladores de la selva de África Central, son recolectores y nómadas. Durante siglos han subsistido con lo que la selva les proveía, pero actualmente se encuentran amenazados por la tala de árboles, la caza

indiscriminada, la minería de oro y diamante, el cambio climático... Los alimentos que antes encontraban con facilidad ahora escasean y esto les hace más vulnerables a los abusos de sus “amos”, los bantúes.

Estar en primera línea de evangelización y ser enfermera aquí es apasionante, pero me exige cada día una conversión: poner freno a muchas prisas por ver resultados de forma rápida. Mis amigos pigmeos me enseñan que no hace falta tener muchas cosas para ser feliz, que es más importante darle a las relaciones humanas tiempo, paciencia, cariño, solidaridad, colaboración, respeto, escucha, perdón... y mucho humor.

En el hospital católico, donde los pigmeos reciben atención gratuita, nunca pensé ver morir a tantos niños por desnutrición y personas con enfermedades como la lepra, la tuberculosis, el SIDA, la hepatitis... Pues a día de hoy, con los avances de la medicina y de la ciencia estas enfermedades ya deberían estar erradicadas o, al menos, controladas. Tengo que convivir con esa impotencia cada día.

A veces vemos algunas curaciones como la de **Denisse**, con un traumatismo craneal por aplastamiento, pues se le cayó un árbol encima en la selva buscando el sustento diario. Le dimos la medicación y un plato de comida pero vi que comía dos bocados y el resto lo dejaba para su familia. En efecto, ella pasaba hambre por sus hijos porque el compartir es un valor supremo, y en la cultura de supervivencia la comida es para los que tienen posibilidades de seguir vivos, y no para quien tiene una enfermedad que se considera sin curación posible.

Después de hablar con la familia y de vigilar que comiera adecuadamente, en dos semanas Denisse pudo salir del hospital caminando. Los pigmeos poseen una fortaleza y resistencia física sorprendente y ya hemos visto muchos casos así... nunca damos a nadie por perdido. ■

Lucía Fonts, con la comunidad pigmea



Ollas solidarias en el sur de Lima

Carmen Martín Salguero, MC

Pamplona Alta es una zona semidesértica situada al sur de Lima. Hace parte de lo que llamamos “pueblos jóvenes”. Las misioneras combonianas vivimos aquí desde hace 20 años y prestamos nuestro servicio en La Nueva Rinconada, que es una parte de Pamplona Alta. Su población es más reciente (año 2000) y es producto de invasiones. Al principio esta zona se dedicaba a la cría de cerdos (chanchos) y se llamaba “chanchería”. Las familias viven en casas de tablas y techos de amianto, hacinados en pocos metros. Solo algunas familias están construyendo su casa con ladrillo y cemento. Como la zona está formada por cerros arenosos y rocosos, las casas están encaramadas hasta la cima. La gente tiene que subir centenares de escaleras para llegar a su hogar. En algunos sitios no hay ni siquiera caminos transitables. La luz eléctrica es casi inexistente y se carece de servicios básicos como el agua y el alcantarillado.

Aquí la pandemia se ha cebado con la gente pobre. El 90% vive de trabajos informales y diarios, por lo que el COVID ha agravado la situación, ya que durante meses no han podido trabajar, llegando a carecer incluso del alimento. El recurso a las ollas comunes ha solucionado muchos problemas de hambre y ha hecho al pueblo más solidario.

La parroquia ha sido fundamental en la ayuda a estas ollas comunes y desde el inicio nos pusimos en movimiento para que no le faltara a la población lo necesario. Con el grupo de mujeres de Cáritas organizamos esta actividad. Tuvimos que ver el emplazamiento de cada olla, para cuántas familias, cuánta comida había que suministrar... ¡todo un trabajo! La gente se organizó en una gran cadena humana que mantuvo en funcionamiento 106 ollas comunes que alimentaban diariamente a más de 1.500 familias; es decir, unas 10.000 personas. Las grandes protagonistas de esta historia de solidaridad han sido las mujeres. Ellas son en muchos casos el pilar económico de la familia.

Hay que decir que en esta zona la gente come, pero no está nutrida, hay muchos niños con anemia y son muchas las personas, sobre todo jóvenes, que tienen tuberculosis, porque la alimentación carece de proteínas. Antes solo se les ofrecía sopa y arroz.

Pasada la fase fuerte del COVID, la gente se está organizando y las ollas comunes han disminuido, dando paso, en muchos casos, a comedores populares más eficientes y mejor organizados. Las Misioneras Combonianas acompañamos cinco de estos comedores, verificando su funcionamiento, su efectividad y transparencia. Una de las iniciativas que llevamos adelante desde el año pasado es la de “un sol con proteínas”, es decir dar un sol (moneda nacional) al día, para enriquecer este menú con proteína animal: pollo, pescado, hígado, etc. La gente lo entiende y da una colaboración por cada comida: 1 sol, equivalente a 20 céntimos de euro. Con esto y con las ayudas que reciben de la parroquia, los comedores pueden seguir funcionando. Así se alimentan diariamente entre 450 y 500 personas de los cinco comedores que seguimos. ■



América



La hermana Carmela Martín preparando una de las ollas solidarias



Asia

Beduinos, los grandes excluidos

M^a de Lourdes García Grande, MC

Assalamu Aleikom ('la paz este con ustedes') es el saludo con el que nos reciben cada vez que visitamos las comunidades Beduinas en Palestina. A pesar de que la palabra paz hace parte de la interacción cotidiana, su vivencia es todavía un anhelo que reposa en los corazones de nuestros hermanos y hermanas. La amenaza constante del desplazamiento forzado por parte del gobierno Israelí, así como la falta de reconocimiento por parte de Palestina, dejan a estas comunidades Beduinas en una situación de exclusión, precariedad y pobreza extrema.

Desde hace doce años las Misioneras Combonianas trabajamos en las comunidades Beduinas Jahalin, que se encuentran localizadas en el desierto de Judea. Iniciamos en el ámbito sanitario, después en el ámbito educativo con la creación de guarderías y dando un seguimiento en cada comunidad con actividades de formación para las mujeres. La finalidad es mejorar la educación de los niños, para que puedan continuar con sus estudios y promover la integración de las

mujeres, para así fomentar la calidad de vida en las diferentes comunidades. Todo esto con la ayuda de diferentes organizaciones que han apoyado diversos proyectos.

Con el paso de estos años hemos ido creando con estas comunidades lazos de cercanía, diálogo, hermandad y cariño mutuo. Realmente la acogida que nos dispensan con su alegría, generosidad y sencillez hace que desde el primer momento nos sintamos como en casa. Nos comunicamos en árabe, que aprendemos para poder estar allí y poder comunicarnos. Personalmente mi comunicación aún es limitada, pero siento mucha alegría al compartir la vida con ellos, aprender de su sencillez y de su generosidad. Cada vez los entiendo un poquito más y, cuando me doy cuenta de que también han logrado entenderme, veo la gracia de Dios que me acompaña y me anima a ser paciente y perseverante, porque sé que a través de la lengua los conoceré mejor.

Visitamos las comunidades y las familias para conocer mejor sus necesidades y eso supone un gran desafío. En estas visitas hemos ido constatando diversas realidades, por ejemplo que las mujeres se casan muy jóvenes y ya no continúan con sus estudios o alguna otra formación. Aparentemente, las familias dan prioridad a los chicos; sin embargo, ellos tampoco continúan sus estudios por diversas razones, como la falta de medios de transporte, la precariedad económica o, simplemente, porque se dedican al cuidado de las ovejas. Además, la gran mayoría no sabe inglés o hebreo, razón por la cual no tienen oportunidades laborales fuera de su ambiente.

Es una realidad compleja y somos conscientes de que llevamos poco tiempo aquí y que nos queda aún mucho por aprender y conocer, pero tenemos un fuerte deseo de continuar con la misión que nuestras hermanas comenzaron hace más de una década. Era, en definitiva, lo que Comboni quiso "hacer causa común con los más pobres y abandonados". La continuidad con la promoción humana, a través de cursos de formación para mujeres y jóvenes, es un modo concreto para hacer que ellos sean protagonistas de su propia vida. ■

Lourdes García y
Expedita Pérez, con
los niños beduinos





Luchando contra la esclavitud del siglo XXI

Gabriella Bottani, MC

El compromiso contra la trata de personas dentro de la Congregación se inició a finales del siglo pasado con la Hna. **Valeria Gandini** (Italia) y la Hna. **Rachele Fassera** (Uganda). En 2014, con el nombramiento de la Hna. **Gabriella Bottani** (Italiana) para la coordinación internacional de Talitha Kum en la Unión Internacional de Superiores Generales (UISG), la Congregación decidió, de hecho, promover este ministerio a través de la participación en redes intercongregacionales, potenciando el elemento del carisma comboniano que nos invita a vivir la catolicidad a través de la colaboración con todas las fuerzas eclesiales para afrontar juntos los grandes retos de todos los tiempos, en este caso la trata de personas.

Estas hermanas siguen las huellas del carisma vivido al femenino, en particular las huellas trazadas por Sor **Fortunata Quascè**, nuestra primera hermana sudanesa, rescatada de la esclavitud y educada en Verona (Italia). Fortunata es una mujer que responde con valentía a la llamada de Dios que la invita a participar en el carisma comboniano y en su Plan de Regeneración para África. Fortunata encarnó este plan en su propia vida y, una vez que llegó a Sudán como institutriz laica, reconoció la llamada del Señor a ser una Pía Madre de la Negritud. Su sí, dicho con su vida, la llevará a acompañar a las niñas rescatadas de la esclavitud en el camino de la liberación mediante el anuncio del Evangelio y su educación.

Talitha Kum entiende por “trata de personas” el proceso por el que una persona es coaccionada o atraída por falsas perspectivas, empleada o trasladada a otro lugar y obligada a trabajar y vivir en condiciones de explotación y abuso. Las víctimas de la trata pueden ser forzadas a la explotación sexual, a matrimonios forzados o precoces (incluso en una edad infantil), o a trabajos de explotación, por ejemplo, en el servicio doméstico, la agricultura, la pesca, la

hostelería, la minería o la manufactura. La trata de seres humanos roba a las víctimas su dignidad, su derecho a disponer de su vida y a vivir con seguridad y libertad.

Las Misioneras Combonianas actúan en acciones preventivas contra la trata según la metodología desarrollada por Talitha Kum:

Prevención primaria: las hermanas promueven campañas de sensibilización, formación e información, implicando especialmente a los jóvenes como protagonistas.

Prevención secundaria: son acciones de prevención con grupos de riesgo. Como la Hna. Benjamine Kimala, que lleva a cabo actividades con jóvenes en los lugares donde son reclutados por los traficantes.

Prevención terciaria: es el apoyo que se da a los supervivientes de la trata, a sus familias y a sus comunidades para sostener los procesos de inserción sociolaboral. Como la Hna. **Valeria Gandini**, que en Palermo sigue acompañando a las niñas y mujeres supervivientes ofreciendo apoyo espiritual, material y psicosocial.

El acompañamiento a largo plazo de las mujeres que salen de la trata tiene como objetivo evitar que, una vez rescatadas, caigan en la desesperación, se sientan culpables o indefensas y vuelvan a ser reclutadas. ■

LISA KRISTINE



Sor Valeria Gandini (Italia-Palermo) con una mujer que ha sobrevivido a la trata y a la que acompaña



Luigia **COCCIA**

SUPERIORA GENERAL
DE LAS MISIONERAS COMBONIANAS

“El encuentro con los refugiados es hoy una forma de evangelizar”

DANIEL IBÁÑEZ

Rubén Cruz

Luigia Coccia es desde 2016 la superiora general de las Misioneras Combonianas. Y solo tres años más tarde, el papa Francisco confiaba en ella en un nombramiento histórico: fue una de las siete mujeres que en 2019 entró a formar parte de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA). Una mujer que ejerce el liderazgo desde el servicio a todas sus hermanas y a la Iglesia. **¿Qué es lo que sigue haciendo atractivo el carisma?** Nuestro ser en la realidad. Ciertamente no es un camino fácil, buscamos estar cada vez más implicadas en las realidades de nuestro tiempo, pero en cualquier caso existe en nosotras este impulso de salir al encuentro de los pueblos y estar con ellos en sus luchas por la justicia y la paz. En definitiva, haciendo causa común, como nos transmitió **Daniel Comboni**. Nuestra manera de anunciar la Buena Nueva es haciendo una opción preferencial por los más pobres y olvidados. Estamos comprometidas con el desarrollo integral de los pueblos, con la multiculturalidad, y la diversidad que caracteriza a nuestras comunidades y a nuestras misiones. Esta diversidad cultural la hemos heredado de nuestro carisma, que desde el principio nos ha puesto en contacto con mundos diferentes. E ir hacia mundos

diferentes sigue estando en el centro de nuestro carisma.

¿Cuáles son las urgencias a las que como responsable del Instituto le gustaría atender hoy?

La emergencia de los refugiados, la realidad de la movilidad humana, que nos desafía a todos, globalmente. Y dentro de esta nueva periferia existencial prestaría especial atención a las mujeres, a los niños, porque son las personas más vulnerables por la realidad de la migración. Me comprometería más a crear espacios seguros de acogida, a ser una presencia que les acompañe, a estar a su lado para ayudarles a salir poco a poco, a sentirse de nuevo en casa en este nuevo mundo en el que aterrizan. Me parece que el encuentro con la realidad de los refugiados es una nueva forma de evangelizar hoy. Seguiría estando cerca de ciertas minorías étnicas relegadas a los márgenes de nuestro tiempo. De nuevo, la emergencia espiritual: hay una búsqueda, una necesidad profunda de redescubrir nuestra fuente interior, de la que sacar fuerza, luz, un sentido que dar a los distintos acontecimientos de la vida, de donde sacar estabilidad y certezas mientras habitamos un mundo en constante cambio.

¿Qué papel juegan los laicos en el Instituto?

Los laicos siempre han estado a nuestro lado desde nuestros inicios. En la visión misionera de Comboni

su papel era claro y se consideraba insustituible. Luego, con el tiempo, desgraciadamente, perdimos un poco esta conciencia, tal vez porque aumentamos rápidamente en número y esto nos hizo creer que podíamos hacerlo todo nosotras mismas, porque teníamos suficientes miembros para realizar trabajos importantes. Pero durante años no nos dimos cuenta de que los laicos no son una fuerza de trabajo sino la posibilidad de desarrollar una visión diferente de la misión; su presencia crea una nueva forma de pensar y vivir la misión comboniana. Con ellos hay que repensar la misión comboniana: pensar en nuevas metodologías misioneras, partiendo precisamente de la colaboración con los laicos. Hoy ya no tiene sentido iniciar nuevos proyectos misioneros en solitario como Hermanas Combonianas, sino que es el momento de volver a empezar juntos.

El Instituto se extiende por cuatro continentes. ¿En qué momento os encontráis como Congregación?

Seguimos ofreciendo una presencia preferente en África. Sin embargo, percibimos nuevas llamadas, por ejemplo, en las realidades de las minorías cristianas, del mundo árabe oriental, de Asia, donde se producen encuentros, donde nuestras presencias construyen puentes y fomentan el diálogo, donde, acogiendo y valorando la diversidad, superamos las formas de pensamiento fundamentalistas y autorreferenciales... También está Europa, un continente que hoy reclama nuestra presencia misionera. Durante tantos años nos hemos acostumbrado a ver salir a los misioneros de estas iglesias y estos países, ahora estas iglesias y estos pueblos esperan la presencia de quienes, con su testimonio de vida, favorecen el encuentro entre las diversidades. Esos valores que nuestra cultura europea siempre ha defendido y en los que ha creído (el respeto al individuo, el derecho a la diversidad, etc.) es el momento de encarnarlos en esta Europa que está cambiando, con las diversidades llamando a las puertas de nuestros hogares y nuestras iglesias.

¿Cuál es su sueño, como superiora, para el futuro de la Congregación?

Una congregación capaz de nuevos comienzos. Estamos celebrando 150 años de fundación y nuestra mente suele volver en este momento a nuestros inicios, debemos hacer de este tiempo jubilar un tiempo para recomponernos y empezar de nuevo. Los inicios se caracterizaron por la pequeñez, la novedad en cuanto a las nuevas áreas geográficas de misión, la nueva metodología misionera utilizada: salvar África con África. Creo que hoy necesitamos revivir este Pentecostés de los comienzos: estamos

disminuyendo, seremos pocas, por lo que no nos faltará la pequeñez de los comienzos, necesitamos encontrar el coraje para partir hacia nuevas tierras, nuevas realidades humanas, y, sobre todo, con nuevas metodologías misioneras: mayor colaboración, favoreciendo la intercongregacionalidad, comunidades mixtas con laicos, la misión vivida con el resto de la familia comboniana debe ser más intencional, planificada y no dejada al azar, etc.

En tiempos tan cambiantes, ¿cómo mantener la fidelidad al carisma misionero?

Tratando de escuchar continuamente la realidad de nuestro tiempo, con capacidad de cambio para poder ofrecer nuevas respuestas a nuevos retos y necesidades. No se es fiel a un carisma por seguir siendo lo mismo, con la misma metodología de siempre; eso no es ser fiel, eso es ser constante. Pero ser fiel a un carisma requiere creatividad. La realidad mundial de nuestro tiempo está experimentando cambios profundos a gran velocidad, nosotros debemos ser igual de rápidos para cambiar, para movernos, para escuchar el grito de la humanidad de nuestro tiempo y tener el valor de ofrecer respuestas adecuadas. En los dos últimos años hemos vivido acontecimientos que nos han marcado profundamente: la pandemia, la guerra de Ucrania, experiencias que, al menos en el contexto europeo, no imaginábamos que pudieran repetirse. Todo esto requiere que escuchemos la realidad y nos movamos rápidamente para seguir siendo fieles a nuestro carisma.

¿Cuál es la aportación del carisma del Instituto a la Iglesia en salida del papa Francisco?

El Magisterio de Francisco es un fuerte incentivo para que vivamos plenamente nuestro carisma. Hemos sido una Iglesia extrovertida desde nuestros inicios. Pero esto no quiere decir que siempre lo seamos y que lo seamos lo suficiente; podríamos serlo más. En efecto, podemos quedarnos quietos cuando nos quedamos demasiado tiempo en realidades en las que nuestra misión ya no parece tener sentido... cuando tenemos miedo de explorar nuevas periferias. Espero que nuestras presencias en el mundo sean una presencia viva de este sueño que el papa Francisco tiene para su Iglesia: ser un hospital de campaña, una madre que cuida de sus hijos, los más frágiles y los sin voz. ■

“Necesitamos encontrar el coraje para partir hacia nuevas tierras y, sobre todo, con nuevas metodologías misioneras”

Compartir el amor de Dios en Sudán

Albertina Marcelino, MC

Soy **Albertina Marcelino**, Misionera Comboniana de Nampula, en Mozambique. Durante los últimos tres años he estado en la comunidad de Villa Gilda (Sudán) trabajando en la maternidad St. Mary-Jartum. Estar en Sudán fue una bendición para mí porque estaba en la tierra en la que vivió nuestro Fundador. La acogida y el apoyo de mis hermanas de comunidad me ayudaron a insertarme en la nueva realidad y poco a poco fui conociendo el ambiente y familiarizándome con las personas con las que entraba en contacto.

He pasado este tiempo en la maternidad, que tiene como objetivo acoger y acompañar a las mujeres embarazadas hasta el nacimiento del bebé, ofreciéndoles asistencia profesional y apoyo moral y espiritual. Promueve el diálogo interreligioso e intercultural porque los usuarios que buscan nuestros servicios y nuestros colaboradores son de diferentes naciones, culturas y religiones, siendo la mayoría musulmanes.

Nuestro carisma nos llama a evangelizar a los más pobres y abandonados. Cuando se habla de evangelizar pensamos en hablar de Jesús, proclamar los valores del Evangelio, etc. En la misión de Sudán, aprendí que evangelizar no solo significa hablar abiertamente de Jesús, sino que es algo que se hace con el ejemplo de la vida. El mensaje que se quiere transmitir se da a través de pequeños gestos: una sonrisa, un saludo, escuchar a alguien y dejarse involucrar en la vida cotidiana de las personas con las que se convive. Así me encontré compartiendo mi fe con personas de una fe diferente a la mía. En esta realidad no se puede hablar abiertamente de Jesús sino dentro del recinto parroquial.

Conviviendo con los pacientes y los colaboradores de la maternidad, me he sentido muy enriquecida como persona y como misionera, porque tienen muchos valores tradicionales, culturales y religiosos. El sentido de familia es muy fuerte; era bonito ver una mujer embarazada acompañada por su marido, su madre, o una persona cercana durante todas las visitas médicas. La fe en Dios y la religiosidad en gestos como la fidelidad a sus oraciones durante el día o bien las primeras palabras que escucha el niño al nacer que son el credo que le recita al oído su padre o su abuelo. La solidaridad, la acogida, el perdón, el respeto y otros valores son un tesoro escondido en este hermoso pueblo.

Las mujeres árabes jóvenes y adultas me preguntaban “¿por qué dejé a mi familia para estar en esa tierra con tantos desafíos, como el clima caluroso y la situación social inestable?”. Mi respuesta era: “Para compartir el amor de Dios con la gente que Él pone delante de mí. Este amor hace que este pueblo sea mi pueblo y me sienta parte de él”.

Vale la pena dar la vida por Dios y por la misión porque el Señor multiplica lo poco que compartimos con amor. En Sudán sentí el poder de las palabras de **Jesús**: “A quien deje padre, madre, hermano... le daré el ciento por uno”. Sudán es un tesoro de misión que guardo en mi corazón. ■



CARLA FIBLA GARCÍA-SALA

Dando un paso más en la era de la información

Inma Cuesta, MC



DANIEL IBÁÑEZ

Los inicios del siglo XXI vienen marcados por grandes cambios: avance y expansión de la tecnología, la digitalización y el control de la información a nivel global por citar algunos. Marcando así el fin de una era de cambios donde era fácil predecir el impacto causado para adentrarnos en un cambio de era, donde es fácil ver lo que no va, pero no se sabe aún lo que florecerá. Es importante aceptar que estamos en camino, eso implica procesos emergentes que nos enseñan a vivir en la incertidumbre. Tomar conciencia de esto es fundamental para no quedarnos atados al pasado y poder acoger la novedad del futuro.

La comunicación institucional de las congregaciones religiosas está llamada a acoger los nuevos signos de los tiempos en el mundo de la comunicación digital, como una gran “oportunidad carismática” para responder

a los tiempos presentes y adentrarnos al futuro a través del areópago tecnológico/digital.

Debemos comprometernos más y mejor para responder a las exigencias de la evangelización en todos los ámbitos ministeriales en los que estamos comprometidas, haciendo un uso óptimo de los medios tecnológicos y de las oportunidades que nos ofrece este cambio de época para compartir nuestra visión y misión “ad intra” y “ad extra”.

“Ad intra”, para encarnar la identidad en la propia cultura institucional, que se plasma en la vida, en el conjunto de actividades y acciones que forman la cultura de la institución como mujeres del evangelio.

“Ad extra”, como identidad y cultura, que nos permitirá crear un discurso más empático con el mundo que nos rodea, coherente y motivador para transmitir los valores del Evangelio

desde una perspectiva misionera comboniana actualizada para seguir transmitiendo la Buena Nueva y compartiendo el don recibido en el bautismo para dar cumplimiento a la llamada de Jesús “Id por todo el mundo y predicar el evangelio” (Mt 28, 19). De este modo, se sigue dando continuidad a la visión que **Comboni** tuvo cuando creó Los anales del Buen Pastor, revista cuyo objetivo era transmitir la experiencia misionera en tierras africanas.

Con el fin de dar respuesta a este signo de los tiempos, las Misioneras Combonianas hemos inaugurado el 8 de diciembre de 2020 el Centro Comunicación Misión (CCM) cuya visión es: “Ser un centro -que es también una encrucijada- de las muchas iniciativas que forman nuestro esfuerzo colectivo para comunicar la aventura siempre nueva de la misión. Expresar el rostro, la voz y, por tanto, el corazón que anima al Cuerpo Congregacional del que la Dirección General describe sus coordenadas de orientación”. Su misión es: “El corazón que coordina los esfuerzos de la Dirección General para una comunicación rápida, fluida, coherente y sencilla con todos los miembros de la Congregación y abierta al mundo”.

Desde este centro se desea crear estrategias que refuercen nuestra dimensión evangelizadora en internet creando así un espacio y red de relaciones para compartir e intercambiar contenidos y ofrecer oportunidades y experiencias de encuentro con **Jesús**, que es el objetivo principal de nuestro ser. ■



www.comboniane.org



Suore Missionarie Comboniane



Suore Missionarie Comboniane

www.misionerascombonianasdemadrid.blogspot.com



Mas Lejos Misioneras Combonianas Madrid



Misioneras Combonianas Madrid



Misioneras Combonianas España



Misioneras Combonianas España

www.misionerascombonianas.org